



Fundador: F. Granadino.

UN PREMIO Y UN HOMENAJE

EL REY EN LA ACADEMIA DE CIENCIAS

La Academia de Ciencias celebró en la tarde del domingo solemne sesión, con dos fines, á cual más simpático: hacer entrega de la Medalla Echegaray —que se concede cada tres años— á D. Leonardo Torres Quevedo, y rendir un homenaje de admiración y afecto al ilustre Presidente de la Corporación D. José Echegaray, con motivo del quincuagésimo aniversario de su ingreso en la Academia.

Cuando S. M. llegó á la Academia, á las tres en punto, ya se hallaba el salón de la docta casa totalmente ocupado por distinguida concurrencia, en la que figuraban muchas señoras.

S. M. fué recibido en la puerta del edificio, engalanado con colgaduras y la bandera nacional, por el Ministro de Instrucción pública, Sr. Burell, que cruzaba su pecho con la banda de la gran cruz de Alfonso XII, y por la Junta directiva de la Academia.

Con ellos se trasladó al salón de actos y ocupó la presidencia, teniendo á su derecha al Ministro, y á su izquierda al Sr. Echegaray, que ostentaba sobre su uniforme de Ingeniero de Caminos, la insignia del Toisón de Oro y la banda de Alfonso XII.

Detrás del Monarca se situaron las personas del séquito regio.

En los estrados tomaron asiento los Académicos de Ciencias Sres. Ramón y Cajal, Rodríguez Carracido, Arrillaga, Bolívar, Krahe, Octavio de Toledo, Madariaga, Cabrera, Fernández (D. Gustavo), Avila, Vegas, Muñoz del Castillo, Hauser, Rodríguez Mourelo, Palacios, Torres Quevedo, Martí, Lázaro, Ugarte (D. Nicolás), Casares, Garcini, Sánchez Lozano, Castellarnau, Cortázar, Navarro Reverter, Gómez Ocaña y Sagasta (D. B. M.), y varios Académicos pertenecientes á otras Corporaciones, entre los que se hallaban el Presidente de la Española, D. Antonio Maura, el Ministro de Fomento, D. Amós Salvador, y los Sres. López Muñoz, Altolaguirre, Huertas, Grinda, Marqués de Figueroa y otros muchos.

Abierta la sesión, y declarado por S. M. el doble objeto de ésta, concedió D. Alfonso la palabra al Secretario de la Corporación Sr. Arrillaga.

El discurso del Secretario general de la Academia fué dedicado todo él á señalar los altos méritos que como inventor y hombre de ciencia concurren en el Sr. Torres Quevedo, méritos que le han hecho acreedor á la medalla creada por la Corporación como recuerdo de la Concesión del Premio Nobel á D. José Echegaray.

Recordó, para dar idea de la obra del Sr. Torres, las máquinas algebraicas, por él proyectadas; sus invenciones en problema tan difícil como el de la navegación aérea, creando un nuevo tipo singularísimo de aeronave; su proyecto de campamento para dirigibles; su popular invento del *telekino*; sus trabajos especiales como Ingeniero de Caminos; su invento de nuevo método de transbordadores, que tan buenos resultados han dado, como lo prueba el del Monte Ulía, de San Sebastián, y, por último, sus notabilísimos estudios en la parte de la mecánica aplicada, dedicada á la composición de autómatas.

Terminó el Secretario de la Corporación citando el Laboratorio de Automática, que dirige el señor Torres, como verdadero modelo, al que acuden á diario los extranjeros, y deseando que toda esta obra del ilustre inventor se convierta en provecho y grandeza de la Nación española.

El discurso fué muy aplaudido y celebrado.

Seguidamente el Rey impulsó al Sr. Torres Quevedo la medalla de premio, estrechándole afectuosamente la mano. Luego le concedió la palabra.

Fué breve el Sr. Torres Quevedo, que comenzó expresando su gratitud al Rey y á la Academia, y declarando que él es, en efecto, inventor, porque algunas cosas ha inventado, pero no hombre de ciencia.

«Figuran, sin duda —dijo—, los inventores en las milicias científicas, pero no en los ejércitos regulares. Son guerrilleros. Sin grandes conocimientos teóricos, moviéndose en un terreno muy limitado, cuyos occidentes todos les son familiares; guiándose por intuiciones, procediendo aisladamente y por sorpresa, consiguen á veces colaborar con éxito en la campaña. Pero su mismo aislamiento les aleja de toda disciplina; no practican la obediencia necesaria para someter sus actos á una dirección superior, ni logran aquella autoridad que se adquiere con la costumbre del mando. Por eso no les caen bien los entorchados ni tienen puesto propio en el Estado Mayor general.

Así me veía yo en esta docta casa, ocupando inútilmente un lugar, sin tomar parte apreciable en